1910, el centenario de la República de Chile

1910, the Centenary of the Republic of Chile

arte y la cultura

La historia de los países suele enseñarse como una sucesión de hitos políticos y bélicos. Sin embargo, si la miramos desde la perspectiva del ciudadano común, ésta se nos develará además con sus momentos anecdóticos y cotidianos.

Las celebraciones del centenario de la República de Chile están salpicadas de estos hechos, los que hacen palidecer a nuestra reciente celebración del bicentenario.

En 1910 el mundo se debatía entre la fastuosidad de la *Belle Époque*, y la irrupción del malestar popular. Pronto se produciría el cataclismo que haría trizas el mapa de Europa: La primera guerra mundial.

Chile tenía serios problemas sociales como alcoholismo y prostitución; la mortalidad infantil era de 300 por mil, y además hubo una epidemia de viruela que mató a 40.000 personas entre 1906 y 1913. La riqueza fiscal, producto del salitre, no era suficiente para resolver los problemas, la política monetaria era un desastre y la inversión pública en infraestructura o desarrollo industrial era prácticamente nula.

Que existía una crisis era un hecho y notables personajes de la época, como el senador

Enrique Mac-Iver y el dirigente obrero Luis Emilio Recabarren lo destacaban.

En Santiago vivían aproximadamente 350.000 personas, de las cuales, 100.000, según “El Mercurio”, lo hacían “*en medio de miasmas ponzoñosas, respirando aires impuros y sufriendo la influencia de contagios y epidemias*”; del resto, 100.000 vivían con estrechez, 100.000 no podían quejarse, y 50.000 lo pasaban divino. El barrio elegante se ubicaba hacia el poniente, por la calles Dieciocho, Ejército Libertador, y República, con mansiones de dos y tres pisos construidas por arquitectos franceses e ingleses. Por las calles circulaban tranvías eléctricos y góndolas a gasolina. Aunque los extranjeros seguían considerando a la ciudad como “*trozos de París tirados aquí y allá en medio de una inmensa y dispersa aldea india*”.

Ese fue el año del paso del cometa Halley, lo que supuso para muchos el advenimiento de desgracias e infortunios.

Gobernaba el país el Presidente Pedro Montt, hijo del presidente Manuel Montt. Para Joaquín Edwards Bello, era un tipo triste, con cara de sepulturero, que además se casó con una dama veinte años menor, bella, chispeante y vivaz: Doña Sara del Campo. El chisme de la época era el romance entre doña Sara y el senador Guillermo Rivera, lo que fue caricaturizado en la revista de sátira política “La Comedia Humana”. Fue un terremoto social. El ministro del interior, además de clausurar la revista, hizo apresar al dibujante con la instrucción de darle la peor paliza de su vida.

Lamentablemente el Presidente Montt fallece en Bremen el 16 de agosto de 1910, un mes antes de las fiestas, y es reemplazado por el Vice-presidente Elías Fernández Albano, con tan mala suerte que se enferma de neumonía durante los funerales del presidente Montt, y ante la estupefacción del país, fallece el 6 de septiembre. Es rápidamente designado Vice-presidente el ministro Emiliano Figueroa, quien según el periodista Hernán Millas, debió asistir al funeral de Fernández Albano con camiseta y calzoncillos largos de lana para no resfriarse, obligado por su esposa. Así, don Emiliano, quien solía jugar billar hasta altas horas de la madrugada en el Club de La Unión, y que tenía el lema “un caballero jamás se acuesta el mismo día que se le levanta” estaba listo para recibir a las delegaciones visitantes.

Previamente se habían construido numerosas obras como el ferrocarril trasandino y el Palacio de Bellas Artes.

El programa comenzó el día 12 de septiembre con el embanderamiento general y la recepción de las delegaciones extranjeras, que incluía una pequeña delegación de Japón, y se prolongó hasta el día 22 de septiembre. Se celebraron cincuenta cenas oficiales, sesenta banquetes, se iluminaron los edificios públicos, el cerro Santa Lucía, y la Plaza de Armas; pero, sin lugar a dudas, la inauguración más exitosa fue la de la tienda “Gath y Chávez”, que levantó su edificio de cuatro pisos con ascensores, en la esquina de Estado y Huérfanos.

La ciudad se embelleció con los monumentos que ofrecieron como regalo las delegaciones y las colonias extranjeras; entre estos se destacaron la Fuente Alemana, el monumento de la Plaza Italia, la Plaza Francia frente al Palacio de Bellas Artes, y el monumento a Ercilla donado por la colonia española.

Terminadas las fiestas quedaba un problema importante por resolver: el futuro presidente. El 23 de septiembre se celebró la convención que proclamó a Ramón Barros Luco como el presidente electo de consenso entre liberales y conservadores. Muchos calcularon que, por haber sido elegido a los 75 años, y con el antecedente de sus predecesores, duraría poco y luego de los festejos se retomaría la lucha política; sin embargo don Ramón terminó su período y vivió hasta los 84 años.

Para muchos, la celebración del centenario de 1910 fue un paréntesis en el proceso de ocaso de un sistema social y político que terminaría con el fin del régimen parlamentario en 1925; sin embargo, será recordada como la última fiesta fastuosa de la aristocracia criolla de fines del siglo diecinueve y principios del veinte.

Figura 1. La Fuente Alemana; regalo de Alemania a Chile.

Figura 2. Antigua tienda “Gath y Chávez” inaugurada en 1910 en calle Huérfanos con Estado.

Referencias

- 1.- Millas H. Una loca historia de Chile, 2008, Editorial Planeta Chilena, Santiago.
- 2.- Alegria L, Núñez G. Patrimonio y modernización en Chile (1910): La exposición histórica del centenario. Revista Atenea 2007; 495: 69-81.
- 3.- Muñoz L. Los festejos del centenario de la independencia. Tesis para optar al grado de licenciado en historia. Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile 1999. http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0001859 (con acceso el 7 de marzo 2011).

Ernesto Payá G.
Hospital de Carabineros, Santiago